NOMBRE DE SECCIÓN

>> Leonel Groisman

LA DICTADURA, EL ANONIMATO, Y EL SILENCIO

"Dicen que el Uruguay tiene instalada una base militar en territorio argentino. parecería inadmisible que el gobierno argentino permitiese que, dentro de su territorio, fuerzas armadas de un país extranjero instalasen una base de operación, circulasen por la ciudad armados, efectuaran un operativo, detuvieran personas(…).
Historias tan fantasiosas sólo pueden caber en la mente de un novelista"
José Nino Gavazzo, 1976

Reflexiones sobre la venida de Edy Kaufman a Uruguay, y el encuentro con las pequeñas historias heroicas que construyeron la salida democrática.

Fui sólo como un amigo va a acompañar a otro amigo.
Estaban sentados en el Mercado de la Abundancia. Yo estaba ahí, escuchando lo que hablaban pero más bien reflexionando sobre lo solos que los hemos dejado. Ndejaba de escuchar, peroada. n lado de la red, y las que cayeron del otro. de Austria s para mal. lo a ist
Estaba Nicolás, estaba Edy Kaufman, estaba Lisa Kaufman.
Hablaban de cómo fueron sacando la lista de los prisioneros políticos uruguayos durante los primeros años de la dictadura. Contaban historias, se reían de sí mismos, de las pequeñas trampas que permitían que Nicolás, que no era Nicolás (o más bien era él, pero con otro nombre), mandara aquellas listas que eran un trampolín a la vida. Por un momento Nicolás volvió a ser Mauro. Por un rato volvieron a tener 30 años Edy no sabía que era Nicolás el que las mandaba, y Nicolás no sabía que era Edy el que las recibía y distribuía. Se estaban descubriendo, se re descubrían. Fueron la parte de la historia que aún no conocían, hasta que se conocieron. Si Amnistía sabía que estaban presos, las posibilidades de que siguieran con vida aumentaban dramáticamente. La vida de muchos más que ellos aumentaba las probabilidades de seguir siendo. Así que un día sí, y otro también, Nicolás tomaba el riesgo. Y un día sí y otro también, Edy distribuía las listas alrededor del mundo. Cada preso tenía entonces una filial de Amnistía que lo apadrinaba, que pedía por su liberación, pero por sobre todo pedía por su vida. El mundo sabía y la dictadura quedaba un poco presa para actuar. Eran "La Piedra en el Zapato" como describió Marisa Ruiz en libro homónimo, la tarea de Amnistía.
En el Mercado de la Abundancia ellos reían, recordaban como añorando, mientras un puñado de comensales que por casualidad se sentaban en mesas contiguas, siquiera sabía quienes eran.
No reclamaban nada. Ni el honor, ni la gloria. Sólo ese simple y enorme regocijo de haber cumplido con el deber histórico. Y eso les bastaba. Y reían. Contaban como un abuelo bueno cuenta sus aventuras sin detenerse en sus desventuras. Eran generosos al contar, y al contarse. Sonrisas dibujadas en los rostros y emociones que se filtraban por las risas. Ellos saben lo que hicieron. Así que tal vez, contarlo como una anécdota más, los ayude a sobrellevar su propia grandeza.

En el IAVA

También estuvo en un encuentro en el liceo IAVA, y entre los convocantes estaba CRYSOL, y los estudiantes.
Con esa impronta inconfundible de los héroes anónimos de la resistencia, dos, tres, cinco personas, se iban acercando a contarle a Edy lo que Edy y Amnistía habían hecho. Él ni siquiera recordaba algunas cosas.
También se reían. Como niños después de una picardía, se confundían en un abrazo y volvían a reír. Algunos ni siquiera miraban, porque mirar a los ojos, a veces, nos traiciona y revela esas emociones que corren por adentro.
Un flaco alto lo miró, se quedó serio, pensativo. Después la miró a Lisa. Y no dijo nada. Sólo apretó el hombro de Edy. Yo me preguntaba cuántas cosas le pasaban por dentro. Cuantos recuerdos, cuántos dolores, cuánta satisfacción por lo que hizo. ¿Habrá dolor por ese anonimato?
Pero no dijo nada. Sólo miró. Sentí que esa mirada decía "gracias". Como fuera, todos lo entendimos. A veces no hay palabras. A veces hay cosas que hay que decirlas con miradas.
Estábamos todos ahí, el hombre espigado dio su "gracias" como pudo, pero nadie se acercó al flaco a decirle un "gracias". Casi nadie conocía su historia. Yo tampoco. Intenté adivinarla pero preferí mirar la nueva escena. "Adivinar es también remover el dolor", pensé, y también pensé que ya fue demasiado. Tal vez como él.
Al final un hombre se quedó sentado en su silla. Dialogó apenas, y desde ahí. Más bien "le contó" lo que Edy ya sabía. Que su familia recibió dinero del nodo de Amnistía que lo apadrinaba, que con eso sobrevivió su familia, que él sobrevivió también por eso. La misma historia contada por distintas caras.

Con Liberoff

Edy fue también al justo homenaje al desaparecido de los desaparecidos: Manuel Liberoff. Contó anécdotas, habló de la conexión del exilio y la clandestinidad. De la importancia de esa alianza y de cómo fue minando a la dictadura uruguya.
Y también al final aprecieron nuevas personas, y otra vez ese "gracias" sin palabras. Otra vez la emoción contenida. Y Edy y Lisa sonriendo. Con cara de niños pícaros volvían a reír, a recordar las hazañas, a compartirlas con todos los que estábamos ahí. "Mirá Edy, él también" decía Lisa, y todo volvía a ser sonrisas. Fueron decenas. Ese derroche de sonrisas no dejó llorar a nadie.
No hablaban del íntimo dolor, ni de la incertidumbre de cada hazaña. Sólo estaba esa risa pícara, y la mirada cómplice.
"Contadas, las hazañas, parecen demasiado simples", me dijo Diego.
A la salida, otra vez anónimos.

¿Quién es Edy Kaufman? ¿Quién es Lisa Kaufman? ¿Quién es Nicolás? ¿Cómo se llaman las decenas de personas con ese "gracias" silencioso y la emoción contenida? ¿Por qué no sabemos de memoria los nombres de nuestros héroes de la resistencia? ¿Por qué todo tan anónimo?
¿Por qué Manuel Liberoff tan en silencio? ¿Por qué no lo re aparecemos de una vez por todas?
¿Qué va a pasar cuando ya no estén? ¿Será que estamos dispuestos a perder la memoria para siempre? ¿Será que estamos dispuestos a olvidarlos?
Después esas charlas íntimas con Juan Raúl Ferreira. "Él me salvó la vida", dice resumiendo. Pero hay mucho más. Mucho.
Está ese momento cinematográfico del auto del Embajador de Austria en Argentina, corriendo por Buenos Aires para ir a rescatarlo a él y a su padre, Wilson. Están los dos brazos del Embajador tirando de uno de los de Juan Raúl para meterlo dentro del auto, en territorio austríaco, en la vida. Está el chofer que aceleró, está Air France que regaló los pasajes para que volaran a la libertad, está el piloto del avión, las azafatas, los negociadores del salvoconducto al aeropuerto. Y también está el militar que tiró del otro lado y perdió la pulseada, están los que montaron el operativo militar, los que lo dirigieron y los que lo ejecutaron. Están los uruguayos que estaban en Buenos Aires. Están los que estaban para bien, y los que estaban para mal.
Y está Susana Sienra con su bolsito, pasando frente a la casa del Embajador de Austria sólo para volver a mirar a Wilson a los ojos. Y están esas miradas que uno no puede imaginar cuánto se dijeron a la distancia, y sin palabras.
Y está la banalidad del mal. Y está el mal del silencio. Creo que se parecen. Para la inmensa mayoría de los uruguayos, esos héroes están todos sin nombre. Son anónimos. Son el silencio. Todavía. ◀◀